

DISPERSIÓN Y SOLAPAMIENTO EN PRAGMÁTICA *

RAMÓN CERDÀ

Universidad de Barcelona

Computers can, of course, provide vast amounts of information.
Databases and documents can be downloaded; web sites can be accessed.
[..] But getting information has never been my problem;
the hard part is deciding what it means.
Among computer enthusiasts,
I have not detected any increase of knowledge or wisdom.
Mainly, they seem to have more time to waste buzzing around cyberspace.

ROBERT J. SAMUELSON. *Newsweek*, July 17, 1993, 39.

1. *Preámbulo*

1.1. Frente a lo que sucede en situaciones habituales, cuando se desarrolla algún tema de pragmática el expositor suele encontrarse con dos tipos generales de resistencia, una benévola y otra no. Encuentra, por un lado, la resistencia de quienes no saben, que va desde aquellos que no saben del

* Este trabajo, en el que predomina la apariencia de un artículo de opinión, es una reelaboración de la sesión plenaria que con el mismo título pronuncié durante el XXIV Simposio anual de la Sociedad, celebrado en Madrid en diciembre de 1994, y del coloquio (lógicamente) inconcluso que siguió con el Profesor José Polo. Debo aclarar que en la confrontación de posiciones que presento en el apartado 2 sólo pretendo dosificar y matizar los datos informativos según las necesidades de cada una de ellas, pero en ningún caso tomar partido y aún menos reflejar las opiniones de mi estimado colega.

tema en cuestión hasta quienes ignoran los fundamentos de la materia. Son los que forman, en estos momentos, el auditorio característico de una clase de primero de filología o una conferencia de ateneo. Su estado más puro queda reflejado por la frase *¿Qué es pragmática?* Vencer esa resistencia es un imperativo obligatorio, desde luego, pero también fácil y gratificante.

Por otro lado, encuentra, más que la resistencia, la reluctancia consciente de quienes sí saben de pragmática. Éstos son capaces de experimentar como mínimo dos modalidades diferentes fácilmente intercambiables. En primer lugar, la de quienes saben, pero no distinguen el objeto de la pragmática con respecto del objeto de otras disciplinas, especialmente las más afines, como la lingüística del texto o la retórica. Su frase favorita es *Nadie sabe lo que es pragmática*, en cualquiera de sus variantes. En segundo lugar, está la reluctancia de quienes saben pero no creen en la posibilidad de construir una teoría formal de la pragmática con los atributos mínimos de cualquier teoría formal o, todavía mejor, quienes creen firmemente en esa imposibilidad. Se distinguen por emitir juicios como *Pragmática es cualquier cosa*.

Paradójicamente, la postura de estos dos últimos grupos —con independencia de que a menudo no sea más que un mero afán de distanciamiento de la masa— es inexpugnable, y vano todo intento de doblegarla, pero es al mismo tiempo la más activa y crítica, y tal vez la más frecuente entre los cultivadores de la especialidad.¹

1.2. Por todo ello es muy común que el expositor recurra cuanto antes a ejemplos y anécdotas que disipen las incertidumbres más básicas sobre las actitudes dominantes y le pongan en situación favorable, al menos frente a los interlocutores más benévotos. No voy a hacer una excepción. Y aunque, por definición, todas las anécdotas lingüísticas son aptas para ilustrar el cometido específico de la pragmática, elegiré la más espeluznante y eficaz de cuantas me han ocurrido a mí.

¹ Este doble frente queda implícitamente reconocido en Escandell Vidal, M. V., *Introducción a la pragmática*, Barcelona, Anthropos-UNED, 1993, una de las introducciones recientes más útiles que conozco al dominio de la pragmática. En el libro, la autora dedica una presentación elemental a los ingenuos y benévotos ignorantes, y en las últimas páginas vuelve a explorar, ahora críticamente, los límites de la disciplina pensando sin duda en los diseños e irreducibles representantes de la «segunda resistencia». El mismo advenimiento de la pragmática se caracteriza por una controversia abierta y constante, primero, contra los partidarios del atomismo lógico, luego, contra sus propios detractores y, casi acto seguido, entre sus mismos practicantes.

Cuando llegué por primera vez a EEUU, para enseñar en una Universidad, me topé con la tremenda y angustiosa sorpresa de que no entendía casi en absoluto la lengua de la calle, a pesar de que por entonces había... traducido un libro de lingüística del inglés. Desde luego, lo más importante era aprender cuanto antes la lengua hablada, penetrando en su uso real. Pero entretanto me fastidiaba también abusar de la solicitud de mis interlocutores pidiéndoles que escribieran o repitieran una y otra vez tal o cual expresión. Para cuando las circunstancias no fuesen tan favorables, y en especial ante la necesidad de contestar a una pregunta perentoria e ininteligible, se me ocurrió remozar una antigua triquiñuela de infancia apelando a la fórmula «No lo sé», *I don't know*, de la que, por cierto, siempre me había sentido un tanto ufano porque era casi un 'universal lingüístico' capaz de replicar de un modo gramaticalmente correcto a todas las modalidades de pregunta, de tipo 'sí-no' (*¿Hoy es fiesta?*), disyuntivas (*¿Hoy es fiesta o día laborable?*) y relativas (*¿Qué día es hoy?*).²

Un día, yendo por la Universidad, se me acercó un estudiante que me hizo la fatídica pregunta x. Al espetarle yo con aplomo y seriedad mi fórmula *I don't know*, me miró perplejo y se alejó a toda prisa mascullando no sé qué. En un instante volvió a mis oídos el eco de la pregunta, bien simple e inequívoca: *Are you Professor Brown?* «¿Es usted el Profesor Brown?». Huelga todo comentario.

Nunca conseguí eludir el escalofrío de lo acontecido, incluso después de percatarme de que aquella desternillante anécdota podía servirme (y me ha servido en múltiples ocasiones) para introducir de un modo inmediato, diáfano y contundente la diferencia entre gramática y pragmática, es decir, entre lo que es posible en el dominio de las estructuras lingüísticas en abstracto y lo que es posible en los dominios, intrínsecamente conexos, de las estructuras lingüísticas y del conocimiento del entorno comunicativo, donde es requisito esencial que cada interlocutor conozca al menos su propia identidad. Tan esencial, que ni siquiera se menciona entre las condiciones de cumplimiento en la teoría de los actos de habla.

1.3. En esta exposición me propongo reflexionar sumariamente sobre tres temas, en los que trataré de explorar las causas que alimentan distintas posturas prototípicas hacia la pragmática:

² Como es bien sabido, no era más que un modo de salir del paso rechazando la pregunta sin romper —ésa era, creía yo, la cuestión— el principio de la cooperación conversacional.

- 1) una caracterización circunstancial de la *pragmática* a la luz de ciertas diferencias actitudinales,
- 2) varias puntualizaciones teóricas sobre algunos procedimientos habituales, y
- 3) un ensayo explicativo de por qué la *pragmática* no es formalizable, salvo en una pequeña parte.

2. *Pompa y circunstancia de la pragmática*

¡Ojalá que como es fácil probar la utilidad de la Gramática, lo fuese su composición!
 Pero la experiencia hace ver lo contrario,
 y aun sin ella se puede inferir la dificultad que tiene
 por la multitud de opiniones y de disputas que reman entre los Gramáticos.
 Ni los antiguos ni los modernos en muchos puntos principales de ella,
 ni en el método de escribirla

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, *Gramática de la Lengua Castellana*,
 Prólogo a la 5.ª edición. Palma 1812.

2.1. Una de las constantes más indiscutibles en el desarrollo histórico de las ideas lingüísticas se manifiesta en el aumento sostenido de sus exigencias formales y en la correlativa reducción y parcelación de su cobertura temática. Mientras la lingüística no se abrió paso como disciplina autónoma, figuraba como un apartado más o menos desdibujado de la teología, la filosofía, la antropología, la filología y otras ramas del saber, que sucesivamente fueron también delimitando sus propios dominios y procedimientos. Y aunque no sería justo ver en conjunto una trayectoria simple y única, lo cierto es que la creciente profundización en los métodos ha ocasionado una multiplicación de direcciones en los objetivos y la necesidad de alcanzar una mayor especialización entre sus estudiosos. De ahí que esos objetivos se hayan vuelto mucho más inmediatos y escuetos, y en consecuencia modestos. Por citar un solo ejemplo, el rastreo secular en pos de la lengua originaria de la humanidad contrasta con las pretensiones actuales infinitamente menos ambiciosas, ¡pero a veces también insolubles!, como la de establecer las condiciones precisas de correferencia anafórica entre los pronombres y sus posibles antecedentes.

Lo que cabe llamar la gramática tradicional reúne cometidos que difícilmente asume conjuntamente ninguno de los modelos formalizados más característicos o representativos de la actualidad. En sus intenciones des-

criptivas y a la vez didácticas, aquélla parte del supuesto de que pueden regularse y al mismo tiempo guiarse con mano segura todos los aspectos del comportamiento lingüístico de los hablantes implicados.³ Pero la tendencia general apunta hacia la creación de modelos analógicos y formalismos rigurosamente contruidos, optimizados y minimistas, donde priman criterios tales como la adecuación a un objetivo predeterminado o la elegancia expositiva.⁴

Esta tendencia minimista no se ha desarrollado ciertamente sin oposición, como veremos en seguida. Y no sólo por quienes sostienen posturas meramente conservadoras, sino también por quienes propugnan un concepto integrador de la lingüística para evitar, por ejemplo, una pérdida irreparable de perspectiva metodológica sin renunciar forzosamente a las ventajas de la compartimentación. Sobre el papel al menos, la pragmática satisface casi todas las aspiraciones de unos y otros, y constituye, en este aspecto, una suerte de retroceso en la deriva del desarrollo científico habitual que hemos descrito. Al igual que algunas otras disciplinas recientes, reúne y trata de integrar un buen número de datos esparcidos por el ámbito metodológico de otras. De ahí su atractivo, su dispersión, su vaguedad y su inevitable controversia.

Y viceversa, a causa de ello actualmente no hay disciplina teórica y sobre todo aplicada a alguna faceta próxima o remota al lenguaje humano que no manifieste un interés casi prioritario por los contenidos atribuidos a la pragmática a lo largo de su breve tradición: la lingüística del texto, la retórica, la filosofía del lenguaje, la estilística, la crítica literaria, la psicolin-

³ No es necesario que nos extendamos en mostrar que ambos cometidos son teóricamente incompatibles entre sí, salvo cuando la gramática consta de una colección de comentarios sobre las intuiciones compartidas por el autor y el lector. Claro que, entonces, no es una gramática en el sentido formal. Véase, al final, en 4.2, una caracterización explícita de la oposición entre «gramaticalidad» y «acceptabilidad» y de lo que puede entenderse por formalismo.

⁴ En la jerga al uso, se llama optimización y minimismo a la obtención del máximo de resultados apetecidos con el mínimo aparato formal. La elegancia de un formalismo se expresa precisamente como la síntesis entre su efectividad práctica y su sencillez, medida ésta a partir de su simplicidad y transparencia estructural y de su claridad para ser enseñada o utilizada por otros usuarios. Todo ello hace que, en razón del tipo y del alcance de sus objetivos y aplicaciones, puedan coexistir muchos formalismos diferentes con un reconocimiento explícito (y, por supuesto, pacífico) a sus aptitudes particulares. Esto contrasta con la concepción tradicional de inspiración positivista de que, si la realidad es única, sólo puede haber un único modo correcto de entenderla, describirla o explicarla.

güística, la sociolingüística, la lingüística aplicada a todos los cometidos imaginables, la lingüística computacional, la semántica, la lógica... Todos reconocen el poder integrador de esa tierra de todos, y no les falta razón.

2.2. Lo curioso es que esta situación se produce dentro de una divergencia inusitada entre tradicionalistas y renovadores a ultranza, y sobre todo entre quienes practican disciplinas más descriptivistas, como, por ejemplo, la sociolingüística o la dialectología, y quienes practican disciplinas formalizables, como la sintaxis o la fonología, o necesariamente formalizadas, como cualquier rama de la lingüística computacional. Reduzcamos el antagonismo a sus manifestaciones más simples y exageradas.

La controversia alimenta, en primer lugar, el supuesto, a todas luces pernicioso y cada vez más socorrido entre los tradicionalistas, de que muchas de las propuestas actuales no hacen sino repetir de distintos modos conceptos que ya fueron formulados en el pasado y de que su originalidad es prácticamente inapreciable. Y se aducen evidencias sobre el creciente olvido que merece la tradición entre los lingüistas neófitos, no sólo porque éstos hacen una interpretación trivial y a menudo errónea de los antecedentes, sino también, y más en especial, porque se entregan a la simple omisión de toda clase de fuentes que no sean coetáneas. Se les atribuye una obsesión tal por lo aparentemente novedoso, que minimizan, si es que no suprimen, el ámbito de discusión que podrían tener en común con quienes son más fieles a la tradición o al menos más consecuentes con ella.

Hay que evitar las exageraciones. Desde luego, nada impide que se repitan conceptos bajo una nueva apariencia terminológica; bastante ha ocurrido ya, y sólo hay motivos para pensar que seguirá ocurriendo, por la sencilla razón de que se asienta en algo tan arraigado en la naturaleza humana como la desatención —por falta de tiempo, ganas, capacidad o lo que fuere—, a lo que dicen los demás. Pero del mismo modo que sería absurdo acusar de plagio a un escritor por utilizar palabras que otros ya habían utilizado antes, tampoco hay que buscar antecedentes a toda costa en cualquier formulación teórica, sobre todo si se desmenuza en componentes demasiado elementales.⁵ En este caso no se tilda a los jóvenes de plagiaros o copiadores dolosos de ideas ajenas, sino tan sólo de faltos de originalidad, por

⁵ Esta situación se presentó también a propósito de la supuesta falta de originalidad en las ideas de F. de Saussure, cuya doctrina global ejerció, en todo caso, una influencia sin precedentes en su entorno científico, incompatible frente a la que habían ejercido muchas de sus ideas parciales cuando aparecieron en el pasado dispersas y bajo una u otra apariencia.

pura desidia. Y no es difícil para cualquiera de sus detractores asomarse a los trabajos actuales, pongamos en el dominio de la propia pragmática, y encontrar de continuo referencias consciente o inconscientemente omitidas a W. von Humboldt, E. Husserl, O. Jespersen, A. Pagliaro o F. de Saussure, junto a escenarios teóricos pobremente descritos sobre tipos y más tipos de contextos, sin tomar provecho ninguno de como lo postulara, por ejemplo, E. Coseriu hace un buen puñado de años.⁶

Por su parte, muchos neófitos y modernistas alegan que la lingüística actual ha perdido paulatinamente su condición humanística y se ha convertido en una ciencia cada vez más dependiente de la tecnología, y que, como la medicina o la informática, no vive crucialmente de sus antecedentes históricos —que se convierten, así, en una mera curiosidad para el erudito—, sino de planteamientos e innovaciones que a la postre siempre redundan en alguna aplicación práctica.⁷ En relación con el pasado, y sin ánimo de ofender, la situación es comparable, según ellos, a la diferencia que separa la alquimia de la química, la astrología de la astronomía o el curanderismo de la medicina; sólo que nuestro dominio no dispone de una terminología diferenciada y habría que recurrir a una distinción apelativa como la que existe entre la física clásica y la física moderna. Los formalismos actuales presentan objetivos mucho menos apriorísticos que nunca, satisfacen, para decirlo en términos popperianos, el requisito de la refutabilidad y son esencialmente relativistas. Ésta es su principal divisa. De ahí que, en el mejor de los casos, puedan tratar a los tradicionalistas como si, retomando el símil de la medicina, fuesen adeptos a técnicas alternativas como la homeopatía, la parapsicología o la acupuntura.

2.3. Si nos fijamos bien, comprobaremos que no se trata propiamente de una disputa conceptual, ni siquiera generacional. Ni, por supuesto, entre buenos y malos. Acentuemos un poco más la caricatura: la principal diferencia de adscripción a uno u otro de estos grupos —cuya existencia doy por supuesta, al menos en forma tendencial— reside hoy por hoy en el mó-

⁶ Tampoco sería justo pasar aquí por alto la existencia de no pocos tradicionalistas que demostraron no haber entendido nunca cabalmente nociones del propio Coseriu, como la oposición entre sonido y fonema o entre sistema, norma y habla, aunque las mencionaron por doquier.

⁷ Se trata de una visión progresista, en el sentido más ingenieril posible, análoga a la que solemos esperar del mecánico de automóviles cuando necesitamos que nos repare el carburador del coche, pensando en que su labor sea rápida, efectiva, barata y... desprovista de referencias al desarrollo histórico de los carburadores.

dem o, más exactamente, entre quienes utilizan este artilugio emblemático de un modo no sólo constante, sino también esencial en su trabajo, y quienes ni siquiera saben lo que es, para expresarlo de nuevo en términos reduccionistas en aras de la claridad y la brevedad. Los representantes más notorios entre los que he llamado *neófitos* o renovadores participan en proyectos de investigación, a los que se entregan en cuerpo y alma, y de los cuales dependen (al menos intelectualmente), para lo cual necesitan ante todo el inglés como la llave maestra que les permite comunicarse, personalmente o bien a través de la red Internet, via módem, con sus colegas o con servicios tales como la consulta de novedades bibliográficas, congresos, paneles de discusión, iniciativas o contactos, siempre en busca de expansión, cuando no de supervivencia.⁸ Y no es tanto un asunto de disposición, de disponer o no de un centro abierto a las llamadas autopistas de la información, como de predisposición.

Porque cuando uno ingresa en el 'cibespacio' de Internet tiene ocasión de penetrar en un trepidante universo comunicativo que impresiona quizá menos por su enormidad y diversidad, lo que ya es decir, que por la velocidad y la libertad con que en él circula la información. Para él cada vez es más inconcebible esperar a la publicación de un libro para divulgar unas ideas, sobre todo si se trabaja con medios editoriales de artesanía, a causa del enorme coste de tiempo que exige toda la operación. Porque lo que se 'llevaba' dos años atrás, o tal vez el año anterior, ya no sirve. No es raro, entonces, que, por inferencia, tienda a descartarse lo que se ha escrito antes. Lo mismo puede decirse de las revistas especializadas clásicas: son lentas. Desde hace aproximadamente una década, los trabajos no estrictamente confidenciales de los especialistas se redactan mediante procesadores de texto y se expiden por fax a sus destinatarios en cuestión de días. Más recientemente, el acceso a las redes ha abierto una nueva dimensión en este ámbito, que responde, por lo demás, al incontrolado incremento de es-

⁸ El inglés no sólo es vehículo casi único en estos canales de comunicación, sino también constante fuente de creación de términos y hábitos técnicos, como es lógico. En este aspecto ha usurpado la función que ejercían tradicionalmente el latín y el griego. Otro aspecto colateral y nada desdeñable de esta situación es que los departamentos de inglés y similares han cobrado una iniciativa inusitada en el desarrollo de la lingüística teórica y aplicada a consecuencia de su acceso más natural y fluido a la bibliografía original avanzada (y al gran dinamismo de su mercado de trabajo). En cuanto a los colegas interlocutores, también se han diversificado mucho con respecto a los tradicionalistas: a menudo son ingenieros, políticos y empresarios, además, claro está, de informáticos y lógicos.

pecialistas que han experimentado todos los dominios científicos. Esta popularización sin precedentes ha propiciado el fenómeno del llamado *free-ware*, la divulgación inmediata, libre y gratuita de ideas, propuestas y programas que todo el mundo puede aprovechar sin más obligación que la de mencionar a su autor. La velocidad o, mejor, la urgencia es el motor que impulsa este proceder, causa y efecto de la predisposición a la que me refiero.⁹

Es obvio que deberían eliminarse las diferencias reseñadas entre aquellos dos grupos, al menos en el sentido de que se brindara a todo el mundo la libertad de adscripción. A fin de cuentas, crear la infraestructura es presumiblemente más sencillo que cambiar algunos hábitos, pues se trata de una inversión media al alcance de cualquier institución (lo peor es el mantenimiento telefónico). Pero ni mucho menos todos los que trabajan en un centro dotado de esa infraestructura hacen un uso efectivo de ella. Y no tendrían por qué, insisto, si no fuese porque a menudo simplemente adolecen de un pánico cerval a experimentar y a adentrarse en técnicas distintas a las que están habituados arguyendo los pretextos más peregrinos (no en vano suele ser gente dialécticamente experimentada e imaginativa) que van desde haber jurado fidelidad a algún dogma inamovible hasta poner en duda sistemática la originalidad, la ortodoxia científica y el interés teórico de lo que —dicen— estará de moda, a lo sumo, sólo por unos pocos años. No les falta razón en esto último. Pero cuesta creer que piensen de verdad que, al cabo de esos pocos años, la moda se les pondrá otra vez de cara y volverán a convertirse, automáticamente, en innovadores en virtud de un supuesto movimiento pendular. Seguro que disfrutarán de la jubilación antes de poderlo comprobar.¹⁰

Al margen de estos detalles, a la postre externos, la naturaleza humana sigue su curso, por fortuna, y la dignidad (que no forzosamente el reconocimiento) del trabajo bien hecho continúa al alcance de cada cual. Con eso

⁹ Todo esto obedece a un principio tácito según el cual «lo que prevalece permanece escrito», de modo que si algo deja de publicarse es sencillamente porque quedó anticuado —y viceversa— y no merece la pena resucitarlo, como no sea para fundar un museo. Esta diferencia de actitud se hace muy patente en las bibliotecas. Para un humanista, no tienen límite y una última edición nunca sustituye del todo a una primera edición. Al tecnólogo sólo le interesa el número más reducido posible de últimas versiones.

¹⁰ No cabe duda de que en esta actitud también pesa lo que cabría llamar el «síndrome del cuarentón con relojito virtuoso en los videojuegos» con sus variantes y secuelas, es decir, la incómoda, si no dramática, inversión generacional de autoridad con respecto a determinadas habilidades.

quiero decir, simplemente, que el módem permanece en el sitio que le corresponde, en el sentido de que no confiere por sí mismo ningún aval de calidad a quien lo maneja. Igual que una tablilla o un papiro, sirve de soporte para transmitir ideas, posiblemente triviales, a una velocidad, eso sí, a volandas de la tecnología punta. Y es la velocidad, no la calidad, lo que imprime carácter aquí. Con una salvedad añadida. Como esa velocidad, nos guste o no, se impone por doquier, antes de que nos demos cuenta, la divisoria entre antiguos y modernos rebasará la frontera simbólica del módem (o el correo electrónico, el hipertexto, la *www*...) y se situará, con una nítidez creciente, en algún otro parámetro más avanzado. Propiamente el módem vale, pues, para julio de 1995.

Hemos de atender todavía un aspecto final. La desbordada aglomeración en toda suerte de actividades intelectuales deja también una fuerte impronta. En el dominio de la lingüística formal, por ejemplo, mientras no se asienten y depuren un poco las ideas en liza, seguramente irán abundando las muestras generalizadas de agresividad y ramplonería que, aceleradas por la urgencia, desnaturalizan el discurso (con especial profusión de anglicismos) y dejan un rastro de ligereza y vulgaridad. Además de estropear las apariencias, lo más contraproducente es que esto no hace sino facilitar el «diálogo para besugos», es decir, la mera simultaneidad de monólogos entre locutores físicamente encarados. De ahí que no deje de ser un sarcasmo que proliferen como nunca los estudios sobre la estructura del diálogo, una de las aportaciones más representativas de la pragmática actual.

La falta de un ámbito dialéctico común entre todas las partes provocaría lógicamente un vacío cualitativo, y una situación completamente distinta a la de los antagonismos clásicos, si no fuese precisamente por la pragmática y otras disciplinas más o menos afines a ella. La pragmática, como decía, constituye excepcionalmente uno de los pocos espacios de concurrencia entre casi todos los lingüistas actuales. Nada tiene de particular, pues, que las actitudes hacia sus límites, sus posibilidades de formalización y su fundamentación metodológica sean dispares, por no decir contradictorias, sobre todo entre quienes la practican asiduamente.

3. *Pragmática no es cualquier cosa*

There was a time when some linguists thought that it was in principle possible to escape from the necessity of asking native speakers to make [...] intuitive statements about their language by simply collecting a large enough *corpus* of naturally occurring data and submitting it to an exhaustive and systematic analysis.

Very few linguists take this view nowadays.

It has become clear that many naturally occurring utterances are, for linguistically irrelevant reasons,

unacceptable and also that no corpus of material, however large, will contain examples of every kind of acceptable utterance.

JOHN LYONS, *Language and Linguistics*, 1981, 44.

3.1. La razón por la cual la pragmática es el ámbito lingüístico que reúne mejores condiciones para convertirse en el condominio universal por excelencia es muy simple: constituye un intento plausible y sólido para construir una teoría del habla, lo que equivale nada menos que a acariciar, siquiera hipotéticamente, la quimera de satisfacer las necesidades abstractas o tangibles de cuantos se interesan por el funcionamiento «real» de las lenguas. Y a pesar de que la gramática tradicional siempre dé la impresión de haber descubierto ése y todos los mediterráneos desde siempre, hay que añadir, además, que se trata de un empeño metodológico inédito, nítidamente distinto de cuantos precedieron a la dicotomía saussureana, sutil y fecunda donde las haya, entre el plano de la lengua (*langue*) y el plano del habla (*parole*).

Siguiendo otro razonamiento, también Chomsky insistió con reiteración en que la gramática generativa transformacional de una lengua es no sólo un modelo de la «competencia» lingüística de los hablantes nativos de la misma y, por tanto, *ceteris paribus* un modelo de *langue*, sino también una simple parcela de un proyecto muchísimo más peliagudo: una teoría de la «actuación», de la *parole*, que conjuga el saber lingüístico con el saber no lingüístico de los mismos hablantes. Y fue precisamente él mismo quien desde el principio argumentó sobre la imposibilidad que entraña semejante empresa y se convirtió en un riguroso crítico de los postulados iniciales de H. P. Grice y otros pioneros de la pragmática —que propugnaban una definición del significado de los enunciados a partir de la intencionalidad del emisor en cada acto comunicativo— porque los consideraba fundados pero científicamente inaccesibles, a causa de la impredecibilidad (o no genera-

tividad) que rodea a la mayoría de ingredientes esenciales de todo acto comunicativo.¹¹

Pero tampoco todo el monte es orégano en lo tocante a la comprensión entre especialistas reconocidos. Examinemos, si no, un ejemplo ilustrativo. Son muchos los que han discutido sobre el estatuto de la pragmática dentro de una teoría del lenguaje a la luz de esa oposición chomskyana entre competencia y actuación. Y cuando parecía generalmente admitido que es, en efecto, una teoría de la actuación, irrumpieron Harnish, R. y Farmer, A. K. (1984, «Pragmatics and the modularity of the linguistic system», *Lingua*, 63, págs. 255-77) alegando que la pragmática presupone 'también' un conocimiento global de la lengua por parte de los hablantes y que, en consecuencia, 'también' es una teoría de la competencia. Lo curioso es que muchos han acogido con beneplácito este razonamiento sin advertir que una teoría de la actuación (y, hasta donde es posible comparar, una teoría de la *parole*) presupone una teoría de la competencia (y de la *langue*), pero no viceversa. Sin paliativos: semejante alegación hubiera quedado en vergonzante dislate si unos y otros se hubiesen tomado la molestia de entender mejor a los mismos «clásicos» que habían invocado.

3.2. Cuando se admite que todas las ramas y derivaciones de la lingüística aplicada abogan igualmente por una teoría del habla que permita obtener generalizaciones útiles sobre la enseñanza de lenguas o la traducción de textos es porque son, esencialmente, una teoría del habla y en rigor constituyen un capítulo de la pragmática en su acepción más amplia. La lingüística computacional destaca, a su vez, en la búsqueda de aplicaciones porque se ha originado en el dominio de la informática y ésta entre ingenieros y, en consecuencia, sólo abriga intenciones prácticas que den lugar a productos lo más eficaces y lucrativos posible. Eficaces, en el sentido de que tratan de ejecutar con efectividad y economía la función para la que han sido fabricados, pero también en el sentido de que sus artífices eluden toda elucubración o teoría que pueda desviar u obstaculizar en alguna medida su consecución. Cualquier discusión que se aparte de esta premisa es considerada, como mínimo, problemática, y negativa si no se traduce pronto en alguna

¹¹ Este cometido sólo es cabalmente accesible al participante real que está presente en la enunciación del acto comunicativo y comparte toda la información pertinente (incluida la intencionalidad del emisor), pero no al lingüista que debe elaborar reglas predictivas generales desde fuera de todo supuesto enunciativo. Véase, por ejemplo, Chomsky, N., *Reflections on Language*, Londres, Temple Smith, 1976 (traducción española, *Reflexiones sobre el lenguaje*, Barcelona, Ariel, 1979).

solución o mejora técnica. En general, este proceder obedece a una concepción esquemática subliminal sobre el progreso histórico según la cual lo que antes era el objeto propio de la magia, la religión o la teología, pasa con el tiempo a ser objeto de la filosofía, más tarde de la ciencia y finalmente de la técnica.¹² (Por si acaso, se fomenta la llamada investigación básica, teórica o no aplicada, en instituciones sustentadas por el erario público.)

3.3. Lamentablemente, es difícil descubrir pruebas tangibles de tal progreso si tenemos en cuenta que la coexistencia de todas estas concepciones no siempre ha promovido una visión sintética, ecléctica o superior o, al menos, que ésta no siempre ha sido debidamente aprovechada para disipar malos entendidos del pasado. Examinemos otro ejemplo más complejo y hasta cierto punto corolario del de más arriba, que conjuga de un modo óptimo la informática con la pragmática.

Como se sabe, la irrupción del ordenador en nuestras vidas ha propiciado, entre una multitud de ventajas indiscutibles, el manejo rápido y fiable de grandes masas de datos, entre ellos textos. Esto ha permitido crear inmensos corpus (o *corpora*) de referencia, depósitos documentales destinados a cubrir un sinfín de aplicaciones prácticas y hasta teóricas. Dicho de otro modo, ha abierto puertas inéditas a la creación de una teoría efectiva del habla.

Una de estas aplicaciones consiste en la creación de diccionarios sobre bases presuntamente más sólidas a partir del uso real de las palabras. Así, en vez de fiar a la mera reflexión de un equipo de filólogos las acepciones de las palabras en contextos más o menos identificables (cuando no al mero plagio de otros diccionarios), se parte de las concordancias extraídas de los corpus, esto es, de listas de todas las apariciones registradas de cada forma de palabra con indicación expresa de su contexto de uso. Según el número alto o bajo de apariciones documentadas en el corpus de cada forma de palabra, se estimará la frecuencia de uso de dicha palabra. Si el corpus es suficientemente grande y, por tanto, representativo del uso de la lengua por parte de la comunidad, se supondrá, primero, que aparecen en él todas las

¹² Si se me permite otro ejemplo de reduccionismo didáctico, ilustraría esta concepción con los cambios de enfoque que ha experimentado el tratamiento de la pobreza en la historia de la sociedad occidental: religioso (caridad), filosófico (lucha de clases) y tecnocrático (impuestos) —con lo que Robin Hood se reveló sobre todo como un profeta.

formas de palabra y, luego, que las formas de palabra tienden a agotar todos sus usos contextuales posibles.¹³

Como ocurre en todas las operaciones complejas, el recorrido que va desde la confección del corpus hasta la confección de un diccionario convencional —esencialmente formado por dos conjuntos de datos: uno, alfabético, de entradas, y otro de (sub)acepciones definidas para cada entrada— requiere cubrir unas cuantas etapas de distinta entidad y dificultad metodológica. Incidentalmente, se suele prestar una gran atención a los problemas del primer conjunto, y en especial a la lematización, esto es, a la conversión automática de todas las apariciones de las formas de palabra del corpus (*dabais, dando, dieses, doy...*) en sus correspondientes formas de cita (*dar*), un reto que depende en gran medida de la riqueza y complejidad morfológica de cada lengua.

Pero la crucial conexión entre el primer y el segundo conjunto es un asunto mucho más sutil y elusivo. Veamos. Supongamos que el lexicógrafo «corporista» se encuentra con cinco mil apariciones del verbo *dar* acompañadas de los correspondientes contextos registrados en el corpus.¹⁴ ¿Cómo procede para identificar, depurar y jerarquizar las distintas acepciones y subacepciones requeridas? En la fase de «exploración», lee la primera aparición y anota lo que entiende que significa allí la forma de *dar*. Lee la segunda aparición y hace lo propio, tal vez comparándola con la primera para componer, con las diferencias observadas, una segunda acepción. Y así, con comparación o sin comparación sobre la marcha, hasta la aparición número cinco mil.¹⁵

Si procede en bruto y con todo el detalle, para soslayar prejuicios en la medida de lo posible, es evidente que producirá cinco mil inevitables acepciones, por la simple razón de que las palabras significan cosas estrictamente diferentes en cada contexto de uso en que aparecen. Por de pronto, esto significa que, por muy grande que sea un corpus real, nunca puede, en teoría, agotar el significado virtual de una palabra. Porque el significado léxico de una palabra aislada, por si no se había advertido aún, es un asunto

¹³ Algunos academicistas proceden de un modo opuesto, pero, como podremos colegir luego, no menos extraño, cuando ilustran construcciones o fenómenos de la lengua aduciendo «autoridades», o ejemplos de la literatura más o menos clásica, sumamente raros por su infrecuencia de uso.

¹⁴ Debidamente lematizado, en el sentido de aislado de toda forma de palabra perteneciente a otro lema, como, por ejemplo, el nombre *dado* [de juego].

¹⁵ Paso por alto que esta labor sería irrealizable en la práctica, de tan improba.

de virtualidad y no de realidad. O, si se quiere, de denotación y no de referencia.

Si, a pesar de este durísimo descubrimiento, persiste en su propósito inicial, el lexicógrafo corporista tendrá que pasar a las tareas de depuración y jerarquización, los únicos procedimientos que permiten dar al diccionario convencional unas dimensiones adecuadas de manejabilidad... gracias a la complicidad del usuario. Porque, en efecto, la conversión, a todas luces artificiosa, que el lexicógrafo hace pasando de lo real a lo virtual sólo es útil si facilita los elementos suficientes para que el lector pueda invertir la conversión y pasar de lo virtual a lo real. Si no, el diccionario no sirve.¹⁶ Esto implica que, llegado a este punto, el lexicógrafo corporista debe poner en juego sus intuiciones lingüísticas de hablante proyectándolas sobre algún telón de fondo para hacer tantas abstracciones como le sean posibles y pasar de las cinco mil acepciones a un esquema arbóreo con un número razonable de ramificaciones terminales (muchas con mención obligada de contextos más complejos: *dar las doce*, *dar al sol*, *dar lástima*, *dar por sabido*, *darse pista*...). Esta operación, que comprende no sólo corregir posibles ejemplos erróneos o usos impropios, sino también subsanar omisiones, ¿justifica realmente todo el esfuerzo de la exploración? No es sólo cuestión de eso. Más importante es preguntar en qué se distingue esto, a la postre, de la mera intuición directa del filólogo. La respuesta es bien paradójica: el paso de lo real a lo virtual y de nuevo a lo real queda tanto más entorpecido, y sus resultados más costosos e inverosímiles, cuanto más completa y meticulosa pretende ser la operación de escrutinio, sencillamente porque la definición de las entidades lingüísticas no es de naturaleza estadística.

3.4. Si se observa bien, en asuntos lingüísticos saltar de lo real a lo virtual, o del ejemplo a la categoría, es lo mismo que saltar del habla a la lengua. Y si, en vez de saltar conscientemente de una a otra, se confunden (por inadvertencia o no), sobreviene la contradicción que plantea, de nuevo paradójicamente, toda teoría del habla a causa de la antítesis inherente entre sus términos antagónicos: teoría y habla.

Aunque parezca mentira, el problema lleva siglos enunciado, y no faltan siquiera intentos célebres y ejemplares tanto de soslayarlo como de alcanzar falsas soluciones. Así ocurrió, pongamos, cuando ciertos fonetistas

¹⁶ Las palabras aisladas o fuera de contexto y el significado léxico, denotativo, son sólo una elucubración de lingüista (del hablante que reflexiona sobre lo que hace cuando habla); de ahí que los diccionarios convencionales sean inevitablemente meros comentarios para hablantes nativos, o al menos competentes, sobre intuiciones compartidas.

de principios y mediados del XX (es hora ya de distanciar nuestros hábitos expresivos sobre «este» siglo), obnubilados por el entusiasmo mecanicista a raíz de algunos progresos obtenidos en los sistemas de experimentación —en especial, la quimografía y, respectivamente, la espectrografía—, incurrieron en sendos despropósitos tomando al pie de la letra los resultados experimentales que arrojaban sus flamantes artilugios. Algunos primitivos, por ejemplo, llegaron a postular una «definición» de los sonidos a partir de distintas mediciones milimétricas sobre las cavidades bucales de hablantes en plena articulación suspendida, cuantas más mejor, aun a sabiendas de que sólo podrían aproximarse, pero nunca llegar, a «la» solución. En otras palabras, para ganar en objetividad, dejaron que fuesen las mismas reglas milimetradas lo que decidiera qué es una *i* o una *e*. Como vemos, ya entonces hubo pruebas tangible sobre la improcedencia de definir las entidades lingüísticas por vía estadística.

Quienes percibieron el desvarío epistemológico entre fonética (habla) y fonología (lengua y habla) lo llamaron «instrumentalismo», pero fue Trubetskoy quien seguramente lo definió con más precisión teórica, bautizándolo en general de «atomismo» lingüístico. ¿Tan difícil es ver que en el plano del significado se incurre a menudo en los mismos supuestos?

3.5. También se utilizan corpus de referencia orales, a partir de la grabación de cantidades representativas de habla espontánea, para componer gramáticas más ajustadas a los hábitos reales de hablar. De nuevo se trata de una experiencia ya practicada en otras ocasiones y teóricamente falaz en lo esencial. Porque, efectivamente, en las condiciones comunicativas más habituales y simples el emisor tiende a utilizar la lengua sólo en forma residual, es decir, para cubrir aquella información que antes o sobre la marcha colige que el receptor ignora o no puede inferir. De ahí que la inmensa mayoría de las veces no se llegue al final de los enunciados que, siendo por sí mismos fragmentarios, pueden interrumpirse e intercalarse sin otra pauta que la que imponen las necesidades irrepetibles de cada enunciación en particular. Es evidente que de un material así, parcial, imbricado e inconexo, no puede obtenerse directamente ninguna colección coherente de reglas generalizadoras sobre la construcción de estructuras gramaticales, esto es, una gramática formal, por las mismas razones que he aducido antes, sólo que agravadas.

Esto no significa que los corpus de referencia no sirvan para nada. Como colecciones de datos reales son perfectamente útiles si con ellos se trata de obtener datos sobre el mismo plano que les es propio, el habla. Por

ejemplo, sirven para establecer dominios de uso cuando se crean interficies en lenguaje natural con grandes bases de datos o se comprueba la robustez de una gramática formal contrastándola con textos cada vez más extensos y temáticamente diversificados.¹⁷

Otra aplicación utilísima y de naturaleza propiamente estadística consiste en descubrir «colocaciones» textuales en el sentido de J. R. Firth, es decir, coapariciones de dos lemas o bien de dos formas de palabra (v. gr., *dar y lástima; noche y oscuridad*). Si el escrutinio es suficientemente amplio y diversificado (separándolo por temas o no), cabe la posibilidad de construir, por ejemplo, diccionarios con entradas dobles con las colocaciones que superen un cierto umbral de frecuencia. Con ello puede precisarse un poco más el significado contextual de las palabras y reducir en la misma medida la apelación a la intuición. También en la misma medida resulta especialmente útil para los estudiantes extranjeros (o menos competentes) y, por descontado, para el procesamiento del lenguaje natural. Pensemos por un momento en la traducción automática. Las primeras experiencias, en las décadas de los 40 y 50, destilaban un instrumentalismo absoluto —lo que es comprensible entre informáticos que... no habrían leído a Trubetsky— porque no disponían de teorías, sino de máquinas y gramáticas rudimentarias, y un principio de traducción literal según el cual bastaba encontrar las equivalencias entre las lenguas implicadas de las palabras de un texto de partida para componer, tras una cierta recomposición morfosintáctica, un texto equivalente de llegada. Desde luego, fracasaron estrepitosamente al apoyarse en un supuesto que implica (1) que el significado léxico, esto es, de las palabras aisladas, existe como tal, (2) que es, en consecuencia, con-

¹⁷ Imaginemos, en el primer caso, que construimos un sistema de exploración y búsqueda para consultar datos en un gran archivo documental como, por ejemplo, una red de bibliotecas. Para simplificar la tarea del usuario, el sistema utiliza la lengua estándar en lugar de cadenas programadas de símbolos, pero esto comporta para el diseñador una enorme complicación porque requiere, como mínimo, establecer las pautas lingüísticas que los hablantes utilizarán espontáneamente en una situación como aquella delimitando, por un lado, los contenidos (que se circunscribirán a consultas bibliográficas), pero también admitiendo numerosas expresiones usuales en la formulación de preguntas y órdenes (presumiblemente, con formas de imperativo y de presente, pero no de pasado y sin construcciones concesivas o condicionales, etc.). Crear un corpus documental sobre estos comportamientos espontáneos es esencial. El segundo caso viene a ser una generalización de lo mismo, sólo que se aplica a la verificación de las reglas postuladas para una gramática formal y, como toda generalización, requiere de nuevo el control del lingüista sobre la plausibilidad de los ejemplos imprevistos y la conveniencia de incorporarlos o no a la cobertura de su gramática.

gruente o, al menos, superponible al de palabras de otra lengua y (3) que el significado textual es una mera adición de significados léxicos. Pasaron por alto algo tan perceptible como que el significado léxico es virtual y que, por este motivo, salvo en los términos técnicos (v. gr., *peroné*, *coseno*, *ed-rom*...), los diccionarios bilingües tratan de cubrir las entrecruzadas posibilidades de equivalencia de cada entrada multiplicando las salidas individualmente o por medio de ejemplos construccionales. Más aún, la calidad de un diccionario bilingüe se calibra sobre todo por el grado de atención que presta al análisis de estos desajustes. No es más que un indicio palpable de que el paso entre lo virtual y lo real es extremadamente problemático, lo que resultaba radicalmente agravado allí por la absoluta incapacidad intuitiva de las máquinas. Y como el significado real de las palabras varía de contexto en contexto, el nexo entre el significado léxico y el significado textual sólo puede tratarse con algún componente sintáctico formalizado, esto es, con una colección de reglas que indiquen las propiedades que incorpora cada texto. Aun así, es cabalmente imposible cubrir este nexo, incluso con reglas.¹⁸

3.6. Liberemos un poco la imaginación. Un diccionario de colocaciones es muchísimo más voluminoso que uno convencional, pero podría servir de pauta para emprender, bajo criterios estadísticos análogos (con umbrales de frecuencia proporcionalmente más bajos), la construcción de otros diccionarios cada vez más comprehensivos que abarcaran entradas triples, cuádruples, quintuplos, etcétera. El volumen de cada diccionario crecería exponencialmente, pero se ganaría, aunque sólo aritméticamente, en precisión a la hora de establecer el significado de las palabras en contextos cada vez más ricos en datos. La pregunta es ¿cuál sería el límite de este procedimiento? Sería un diccionario con entradas *n*-ples de longitud variable en las que habría desaparecido toda pauta estadística por haber tendido progresivamente a cero. Sería, en realidad, una lista de todas las expresiones consig-

¹⁸ Como es sabido, la sintaxis y el léxico constituyen los dos polos extremos de una misma perspectiva estructural de las lenguas. La sintaxis actúa desde la máxima generalización construccional (por ejemplo, de la oración, u otro concepto abstracto, a las palabras), en tanto que el léxico actúa desde la máxima particularización (de las palabras a la oración). Observe-se la antítesis que hago sobre esto en 4.1. Por lo demás, esta oposición no debe confundirse con la que manejamos de lengua y habla, pues ambos polos, y sus respectivas formulaciones (oraciones y submúltiplos, por un lado, frente a palabras y múltiplos, por otro), son igualmente abstractos y pertenecen al ámbito de la lengua. A la habla pertenecen los textos o enunciados concretos, esto es, las oraciones una vez incorporadas, con todas sus consecuencias pragmáticas, a una determinada situación comunicativa.

nadas en el corpus que se hubiese tomado como referencia o, dicho de otro modo, sería el corpus mismo, sólo que comentado. Volvernos a la imagen del lexicógrafo corporista de antes una vez terminado el trabajo en bruto y de nuevo a la paradoja: habríamos partido del habla para volver a la habla sin salir de ella. Tendríamos los cinco mil contextos del verbo *dar* con una descripción precisa del significado de cada uno de ellos, desde los formados seguramente por una sola forma de palabra (de tipo *¡dale!*) hasta otros formados por decenas de palabras y, de paso, habríamos eliminado la sintaxis como colección de reglas abstractas de construcción.¹⁹

La cuestión ahora sería ¿para qué serviría semejante colección de mamotretos con millones y millones de entradas? No para los estudiantes extranjeros, ciertamente, por muy bajo que fuese su nivel de competencia, pues no tendría sentido alguno entregarles una obra de tan gigantesco tamaño y encomendarles como tarea escolar que la memorizaran bajo el supuesto de que así aprenderían la lengua. Si nuestra concepción de la gramática formal es inevitablemente la de algún modelo de la competencia gramatical de sus hablantes, estaríamos de nuevo abogando por aproximaciones cuantitativas que confunden una vez más la lengua con el habla.

Sería, en cambio, un producto hipotéticamente útil en un entorno computacional de fantasía dotado de una capacidad ilimitada tanto de almacenamiento como de procesamiento de datos, en el que, una vez programado y memorizado el corpus de referencia, bastaría ponerlo en conexión con otro igual en otra lengua para traducir cualquiera de sus textos por medio de una simple correspondencia de estructuras, exactamente igual a como hacen las maquinillas del mercado que traducen palabras sueltas y frases hechas entre varias lenguas. Sería, como digo, la eliminación de todo componente sintáctico, y la reinstauración de la traducción literal. Los artifices de semejantes sistemas podrían prescindir de la gramática. Sólo habrían de asegurarse de que nadie escribiese un texto no previsto por el corpus, al menos sin registrarlo debidamente (una vez demostrado que es exacto, bonito o útil a la sociedad ante alguna autoridad igualmente hipotética). Todo esto estaría muy bien, y hasta podría suscribirlo algún desavisado, si no fuese por lo de siempre: ningún corpus agota el conjunto de expresiones que pueden componerse en una lengua porque este conjunto es virtual y,

¹⁹ Pasemos de nuevo por alto los problemas totalmente insolubles que acarrearía en la práctica elaborar y manejar una obra de ese volumen.

por tanto, ilimitado por definición. Ningún corpus es la lengua. A lo sumo, habla.

4. *La barrera de las reglas*

4.1. En las antipodas de este supuesto se halla la «interlingua», el marco conceptual abstracto compuesto de universales lingüísticos del que parecen dar fe quienes traducen entre lenguas naturales separadas por una gran distancia tipológica como, por ejemplo, el español y el japonés. Aunque nadie hasta ahora ha sido capaz de describir esta noción ni en la teoría ni en la práctica, muchos de los que trabajan en traducción automática y en inteligencia artificial no sólo la manejan desde hace tiempo, sino que hasta diseñan sistemas al menos parcialmente basados en ella, en especial para transferir textos precisamente entre lenguas muy dispares.²⁰

Uno de sus elementos esenciales es el «diccionario conceptual», con entradas teóricas que describen formalmente objetos, cualidades, acciones, estados, etc. básicos compartidos al menos por las lenguas incursas en un determinado programa de traducción. A partir de ese conjunto limitado de entradas y de reglas composicionales, se aplica un sistema jerárquico constructivista que da lugar a estructuras de distinta complejidad. Aunque no nos extendamos en detalles, porque no es lugar apropiado para ello, se ve con claridad que un procedimiento así, por el predominio absoluto que tiene de la sintaxis, constituye la antítesis del anterior, pues todas sus estructuras derivan de reglas composicionales.

Este punto de partida, que intenta cubrir de algún modo el nexo entre el significado léxico y el significado textual, nos puede proporcionar también una idea de la distancia, medida por el número de reglas empleadas, que debe recorrerse para procesar gramaticalmente un enunciado. Distancia que se dobla, como mínimo, en la traducción automática al transferir construcciones entre dos o más lenguas. Aquí sí: la transferencia comporta un largo y complejo periplo rebotante de reglas, seguramente centenares, que va desde un texto (el «hablar») de la lengua origen hasta otro texto (el «hablar») de la lengua de destino pasando, merced a un inevitable salto cualitativo de

²⁰ En traducción automática, la disparidad entre lenguas se mide por el «coste» del procesamiento computacional exigido, lo que intuitivamente equivale al porcentaje medio de construcciones que no se dejan traducir literalmente, como, por ejemplo, el inglés *I am thirsty* y el español *tengo sed*.

nivel, por la estructura virtual (la «lengua») de la lengua origen a la estructura virtual (la «lengua») de la lengua de destino. Aunque sólo fuera por esto, la traducción automática por sí sola no podría funcionar.

Y esto, con ser inabarcable de tan complejo, no es casi nada comparado con la distancia, mucho más indefinida y sutil, que hay entre el procesamiento meramente gramatical y la captación de todos los datos pertinentes al acto de comunicación, incluidas no sólo las implicaciones, las presuposiciones, las inferencias y otros elementos elusivos más o menos ocasionales, sino también la captación del objetivo principal, la «significancia» o intención comunicativa del emisor.²¹ Este conjunto de datos, que constituye el ámbito de indagación universalmente reclamado por la pragmática, ¿es habla o lengua? Habla si es, por descontado. Pero vayamos por partes. Ambas nociones se exigen mutuamente, como la realidad y la virtualidad. La pregunta toma un aspecto más transparente inquiriendo, al estilo de A. Martinet, si los interlocutores de todo acto comunicativo eligen determinadas implicaciones, presuposiciones o significancias a partir de conjuntos o paradigmas específicos, es decir, si proceden como cuando utilizan los fonemas a partir de un sistema específico, de modo que cada fonema entabla simultáneamente relaciones sintagmáticas (de habla) con sus vecinos y relaciones paradigmáticas (de lengua) con sus sustitutos potenciales. Si es así, la materialización real de una implicación en un acto comunicativo será un objeto de habla, en tanto que el conjunto de implicaciones potenciales (o virtuales) será un objeto de lengua. Y sabremos que, en efecto, es así si somos capaces, primero, de identificar y describir clases, tipos o categorías de «implicaciones» mediante la enumeración de todos sus elementos o bien mediante la caracterización de sus rasgos distintivos y, segundo, de establecer un conjunto de reglas que fijen rigurosamente las condiciones contextuales bajo las cuales funcionan los elementos de la clase en cuestión.

²¹ Llamo «significancia» al conjunto de modificaciones que el emisor pretende introducir efectivamente en el mundo implícito al universo de discurso con la enunciación de un enunciado (es similar a la 'perlocución' de la teoría de los actos de habla de J. L. Austin). Visto desde la perspectiva del destinatario del acto comunicativo, se da cuando integra, contrasta y evalúa los datos interpretados de la enunciación con sus experiencias, conocimientos y concepciones adquiridas sobre el mundo. Cuando, en suma, se percata de los cambios que el enunciado en cuestión implica en el estado de cosas previo a su enunciación. Sólo gracias al acceso a este punto culminativo de la comunicación, donde se anhela esencialmente el saber lingüístico con el no lingüístico, pueden interpretarse los enunciados más complejos, como las ironías, las metáforas y los actos indirectos de habla.

Nadie ha conseguido acercarse ni un ápice a este grado de exigencia. Porque, hay que preguntarse, ¿cuál es la virtualidad de las «implicaciones»? Formulado de otra manera: del mismo modo que podemos establecer en teoría cuántos fonemas contienen todos y cada uno de los enunciados de la lengua, ¿cuántas implicaciones posibles contienen sus enunciados? Imposible determinarlo; y más si tenemos en cuenta que a menudo ni siquiera puede establecerse cuáles son todas las implicaciones de uno solo de ellos.²²

4.2. Hagamos, para terminar, una panorámica general. Los planos de la lengua y el habla generan en su nivel respectivo toda una serie de derivaciones cuya oposición es igualmente nítida, aunque no siempre sencilla:

Lengua	Oraciones	Gramática	Gramaticalidad	...
Habla	Enunciados	Pragmática	Aceptabilidad	...

Según esta terminología, en el plano de la lengua, la «oración» es una estructura abstracta estrictamente gramatical, esto es, compuesta por elementos gramaticales de distintos tipos y desprovista de todo condicionamiento comunicativo y contextual. Es el objeto natural de estudio de la gramática (se entiende de un modelo de gramática que acepte la «oración» como unidad, múltiple o submúltiple) en el sentido de que toda gramática consta de algún conjunto de reglas más o menos formalizadas que analizan oraciones en componentes menores o, a la inversa, dan instrucciones sobre cómo sintetizar oraciones a partir de esos componentes. La «gramaticalidad» constituye el ámbito estricto de producción de estas reglas, de modo que algo es gramatical si, y sólo si, es analizable o sintetizable por ellas; por ejemplo, cualquier estructura acorde con las reglas, como *No lo sé* o un nombre seguido de veinte adjetivos.

En el plano del habla, el «enunciado» es una estructura comunicativa cuya extensión y características están supeditadas a la significancia que le quiere imprimir quien lo emite: puede ser un silencio, un ademán o una larga perorata. Un corpus es una colección de enunciados. El enunciado es el

²² Sobre todo si se tiene en cuenta la intención del hablante en una enunciacón particular. No se trata, por lo demás, de un dominio lingüístico especialmente inaccesible al análisis. Hay muchos más, tanto en el plano del significado como en el de la fonación. Piénsese, por ejemplo, en los fenómenos que comprenden las modulaciones de la voz y sus propias implicaciones. Cruttenden, A., *Intonation*, Cambridge, University Press, 1986 (traducción española: *Entonación. Teoría general y aplicación al inglés*, Barcelona, Ed. Teide, 1990).

objeto natural de estudio de la pragmática, cuya aspiración es constituirse también en un conjunto de reglas que analicen los enunciados en componentes comunicativos menores o que den instrucciones sobre cómo sintetizar enunciados a partir de estos componentes. La «acceptabilidad» es, a su vez, el ámbito de lo comunicativamente adecuado. Así, por ejemplo, la estructura *No lo sé* era un enunciado inaceptable en la situación comunicativa que se describe en 1.2, y un nombre seguido de veinte adjetivos lo será también si, como parece el caso, los hablantes normales no llegan a asimilar toda su información textual.²³

El obstáculo epistemológico de la pragmática (léase de toda teoría del habla, cualquiera que sea su designación) es que no puede, al menos en principio, zafarse de los componentes, lingüísticos o no, que no se dejan definir ni formalizar cabalmente, cosa que sí puede hacer, al menos en principio también, la lingüística. Porque, en efecto, la gran ventaja y, al mismo tiempo, la gran servidumbre que la lingüística más flamante comparte con la más prístina y la de todos los tiempos es que trabaja bien con unidades discretas, las que constituyen la punta visible y más exigua del gran iceberg del lenguaje, pero sólo con ellas. Sólo la morfología y sus derivaciones, lo que tiene forma escribible, constituye el único ámbito por donde ensayan más o menos cómodamente sus respectivos métodos y procedimientos. Más allá y más acá sobrevienen las deficiencias, que se manifiestan por el recorrido que alcanzan en una escala progresiva de varios peldaños o niveles, que cabe describir como sigue:

(1) observar, (2) describir, (3) establecer condiciones, (4) poner reglas, (5) formalizar y (6) implementar

Parafraseando, (1) equivale a obtener (distinguir) datos, (2) a caracterizarlos explícitamente y clasificarlos, (3) a determinar su comportamiento

²³ Como se ve, la aceptabilidad no «implica», o no «incluye», a la gramaticalidad, ni ésta a aquélla, sino que ambas se intersecan. Puede haber estructuras aceptables y gramaticales (válidas para satisfacer unas necesidades comunicativas y acordes con las reglas de una gramática), estructuras aceptables pero no gramaticales (cuando no son acordes con las reglas: pongamos un sintagma como *a pies juntillas* si, como parece, no fuese totalmente derivable mediante reglas morfológicas de composición), estructuras no aceptables pero gramaticales (como los dos últimos ejemplos aducidos más arriba) y estructuras no aceptables ni gramaticales (por ejemplo, *ile dusza zapragnie*, que en polaco significa 'a pedir de boca'). Nótese que esto no invalida en absoluto lo que hemos dicho en 3.1 en el sentido de que el habla «presupone» la lengua, pero no viceversa. En efecto, utilizar una lengua presupone saberla, pero saberla no presupone utilizarla.

funcional respecto de sus análogos, (4) a expresar por medio de fórmulas los tipos de comportamiento funcional, (5) a organizar sistemática y explícitamente el conjunto de fórmulas, y (6) a simular computacionalmente (una parte d)el funcionamiento global de la lengua. Volviendo a lo que decíamos, la nómina de los datos se reduce progresivamente a lo largo de la escala, pues sólo los datos morfológicamente caracterizados (fonemas, morfemas, lexemas...) admiten un tratamiento por todos los niveles de la escala, y es en esta tarea precisamente donde la lingüística actual ejerce una superioridad manifiesta. Pero las unidades no discretas apenas pueden sobrepasar el segundo nivel. De ahí que los modelos formalizados simplemente las omitan y de ahí también que su ámbito de trabajo sea reducido y modesto, como decíamos en 2.1 (otra cosa muy distinta es que algunos de sus especialistas sean todo lo contrario, como decíamos en 2.3).

Esto significa que la pragmática tiene ante sí el reto de abrir cauces metodológicos inéditos. De momento, la libertad metodológica de que goza explica por qué ha conseguido reunir una enorme cantidad de información sobre la tipología comunicativa de los actos de habla y el comportamiento complejísimo de los interlocutores sin haber logrado, en cambio, construir un formalismo, salvo en parcelas muy reducidas.²⁴ También hace que sus datos resulten más inmediatos al comportamiento lingüístico observable y sus métodos más asequibles. Si todo esto se une a la falta de restricciones temáticas, no es difícil entender por qué la pragmática es tan popular y por qué, al mismo tiempo, suscita sentimientos contradictorios sobre sus límites y posibilidades.

Tiene, además, un ancho y expedito camino abierto a aplicaciones socialmente más «candentes» de las que depara tradicionalmente la filología. Me refiero, por ejemplo, al ámbito de la publicidad y la política, donde hace muchísimo tiempo que ya se emplean técnicas minuciosamente descritas por la pragmática, sólo que sin nombre o con otros nombres.²⁵ Y puestos ya

²⁴ Me refiero sobre todo a las estructuras ilocutivas de la teoría de los actos de habla, sobre las que se han emitido formalizaciones como la de Searle, J. R. y Vanderveken, D. (1985) *Foundations of Illocutionary Logic*, Cambridge, University Press, 1985. Tanto es así, que hasta cobra sentido hablar de dos concepciones de pragmática, una extensa o general, que abarca todos los elementos de la comunicación, y otra estricta, dedicada sólo a la 'fuerza ilocutiva' en el sentido de J. L. Austin. Llamo la atención el reciente ensayo de ampliación aplicado al rumano que se encuentra en Manoliu-Manea, M., *Discourse and Pragmatic Constraints on Grammatical Choices. A Grammar of Surprises*, Amsterdam, North Holland, 1994.

²⁵ Existen ya algunos trabajos en esta línea, realizados sobre todo en departamentos de inglés, como Vázquez, Y. y Aldea, S., *Estrategia y manipulación del lenguaje. Análisis*

a impetrar, en su condición de retórica de nuestro tiempo, debería desempeñar, sobre todo, la suprema misión de ayudar a desenmascarar las mariposas dialécticas de sacamuelas y profetas de todo tipo y enseñar, de una vez ya, a animar a la gente en el juego de discernir (¡un concurso televisivo!).

Esto no significa en absoluto que hasta ahora la pragmática haya dilapidado tiempo en ejercicios baladíes. Entre sus contribuciones indiscutibles, quisiera mencionar al menos el mérito de haber asentado definitivamente convicciones y aportado datos inéditos sobre el carácter esencial de la vaguedad y la ambigüedad de los enunciados, pero no de la enunciación —más aún, la crucial potencia semiótica de la vaguedad—, la prioridad de la conación (en el sentido de R. Jakobson) sobre la información o el carácter predictivo y bidireccional de las hipótesis de los interlocutores del acto comunicativo. Tampoco aquí podemos extendernos en los pormenores.

Contemplaremos activamente y con más que curiosidad el rumbo que toma la pragmática. Personalmente, no espero un cambio cualitativo en el marco de la oposición entre lengua y habla, es decir, un cambio que permita rebasar el nivel (3) de más arriba, al menos sin introducir algún importante reduccionismo teórico en las variables en liza. Qué más quisiera. Anyway, I don't know.

pragmático del discurso publipropagandístico, Zaragoza, Universidad, 1991, o Sánchez Corral, L., *Retórica y sintaxis de la publicidad*, Córdoba, Universidad, 1991. Por otra parte, en ningún partido político que se precie se concibe un departamento de imagen sin un equipo de buenos pragmatistas para preparar una campaña electoral o similar.